

## HACE 50 AÑOS

Ramos Oliveira, en su «Historia de España», consideraba que las reformas de la enseñanza constituían «la religión de la República, una obra de misericordia que la República prefirió, incluso, antes que la de dar de comer al hambriento. (...) La reacción divisaba en estas legiones de la pedagogía laica una especie de clero republicano y masónico que prometía desbancar al clero católico en su gobierno espiritual, y de ahí la saña con que se combatió toda la política del Ministerio de Instrucción Pública, la inteligente como la equivocada, la realizable como la utópica».

Sería injusto creer que estos problemas posponían, de verdad, los de «dar de comer al hambriento». La Reforma Agraria, jamás concluida de verdad, fue una de las grandes aventuras de la República; como la de la organización del trabajo, los comités paritarios, los jurados mixtos.

La labor que acometió la República, y que en muchos casos consiguió, fue considerable: desde el voto femenino —y el amparo a los primeros brotes feministas; y las primeras mujeres en cargos de responsabilidad ministerial— hasta la modificación de la enseñanza; desde la expansión de la cultura a unos intentos de mejor reparto de la riqueza. Los que estudien el periodo, los que sobreviven todavía de él, no pueden tener demasiado trabajo en admitir que trajo un auténtico cambio de clima a España. Y recordándolo, leyendo lo escrito en su periodo —en libros y periódicos—, examinando su enorme capacidad legislativa, no se dejarán de encontrar todos los elementos del espíritu democrático de hoy, realizado con mucha más lentitud; y la reaparición persistente de los mismos obstáculos.

Una idea muy frecuente de por qué cayó la II República, reiterada sobre todo en los republicanos despechados, es la de que cayó por todo lo que no hizo. Cincuenta años después, y con la iluminación de todos los acontecimientos posteriores y con las llamadas de la actualidad, se comprende fácilmente que la República cayó —que no cayó, sino que fue arrojada, despenada—, fue, precisamente, por lo que hizo, y por lo que intentó hacer. Naturalmente, no hay que descartar —y es una enseñanza— lo que significó en la caída de la República una nueva revolución burguesa, o a una rectificación de la burguesía. A medida que se fue viendo la penetración de las clases populares en el contexto nacional, y la desaparición de elementos de protección de la burguesía, esta se inclinó hacia la respuesta mesocrática que en toda Europa de entonces significaba el fascismo. ■ E. H. T

# TRES DIAS DE ABRIL

RAFAEL ABELLA

**L**AS noticias iban llegando a los periódicos, a las sedes de los partidos, a los cafés... Ellas iban descubriendo las claves ocultas del fenómeno electoral del 12 de abril, que estaba asombrando a España: en Guadalajara habían perdido los romanonistas, en Murcia, el más difícil todavía: los ciervistas habían sido derrotados. Valladolid, Valencia y Castellón daban resultados del mismo cariz. Pero entre la masa de datos abrumadoramente antimonárquicos, habían detalles increíbles: en muchos lugares los curas habían votado a las candidaturas republicanas con la papeleta abierta. En Madrid, el distrito de Palacio votaba también por la República; hasta los servidores de la Casa Real se habían decantado contra el régimen que les daba de comer. Como remate, estaba el resultado unívoco y clamoroso del éxito global de los candidatos republicanos y socialistas en las grandes ciudades, Madrid, Barcelona, Bilbao...

En este clima apasionante se consumieron las horas de la noche del 12 al 13 de abril. De madrugada, la noticia del triunfo había dejado a los republicanos completamente estupefactos. Días antes de las elecciones, don Manuel Azaña había declarado a un periodista de «La Tierra»: «¡Ingenuidad sería esperar algo de las elecciones!». Al amanecer del día 13, cuando los componentes del Comité Revolucionario, Largo Caballero, Maura y de los Ríos abandonaban la Casa del Pueblo con las noticias frescas del éxito, el catedrático socialista opinó de esta ingenua forma sobre el acontecimiento:

*«El triunfo de hoy nos permite acudir a las elecciones generales que se celebrarán en octubre y entonces el éxito, si es como el de hoy, puede traernos la República.»*

Si la actitud de los líderes republicanos era de asombro, la del Gobierno era de estupor. Aquella misma mañana, después del soconusco, se reunió apresuradamente el gabinete que presidía el almirante Aznar. Su desconcierto ante lo ocurrido iba a privarles de cualquier capacidad de reacción.

Entre la sorpresa de unos y el anonadamiento de los otros sería la calle, el impulso popular canalizado por un sentimiento unánime, el que diera un nuevo sesgo a la Historia de España. En la Casa del Pueblo de Madrid, en la de Valencia, en la sede del Partido Radical en Barcelona, en

los centros republicanos de Zaragoza, de Sevilla, de San Sebastián unas gentes, enardecidas al conocimiento de los resultados electorales, se habían hecho el propósito de convertirlos en un plebiscito popular, abrumador, contra la Monarquía. Pese a todo, la mañana del día 13 discurrió tranquila, sin incidentes.

Los rumores empezaron a mediodía estimulando el ambiente antidinástico. Se decía que el propio almirante Aznar ante un periodista, había afirmado resignadamente: «¡Que quieren que les diga! ¡El país se durmió monárquico y se despertó republicano!» Se afirmaba, por otra parte, que el general Berenguer, ministro de la Guerra, había cursado un telegrama a los capitanes generales y que la respuesta unánime había sido de aceptación de la voluntad popular expresada en las urnas. Se propalaba, en fin, que el llamado Gobierno provisional de la República, reunido en casa de don Niceto Alcalá-Zamora habían dirigido un manifiesto al país, en el que se pedía al poder público que se cumpliera la voluntad nacional.

Fue lo bastante para que en el curso del día fuera montado el clima de expectación. Por la tarde, al término de la jornada laboral, al cierre de las oficinas, la gente empezó a lanzarse a la calle. Las organizaciones obreras iban a precipitar una espontaneidad que se reflejaba en la alegría de los rostros, en la impresión generalizada de que se estaba ante un acontecimiento en el que el pueblo iba a asumir conscientemente el papel de protagonista. En Madrid, grupos de gente cada vez más numerosa afluyeron por Montera, por Preciados, por Carretas hacia la Puerta del Sol. En Barcelona, las Ramblas se poblaban de gente que se encaminaban hacia la



Desde el balcón de Gobernación (hoy dirección general de Seguridad) en Madrid, los componentes del Gobierno provisional saludaron a la multitud que aclamaba la República.

calle de Fernando con intención de desembocar en la plaza de San Jaime. Guardias de seguridad a caballo intentaron vanamente la dispersión de estos grupos.

El gentío fue creciendo. En Madrid, la marea se remansaba en la Puerta del Sol. El griterío prorrumpía definiendo las voces que acompañarían aquellos días históricos: «¡Qué se vaya!»; «¡Viva la República!». Otros gritos se acompasaban con la marcha de los manifestantes: «¡Un, dos, tres, fuera Berenguer!». Una sección de guardias de Seguridad dio una carga con los sables desenvainados para despejar aquella extraordinaria masa humana, disolviéndola momentáneamente y huyendo los manifestantes por Alcalá, carrera de San Jerónimo y Espoz y Mina. Durante las carreras se oyó una detonación ignorándose de donde partió el disparo.

A la caída de la tarde, una fila de automóviles apareció en la Puerta del Sol y abriéndose paso entre los manifestantes empezó a hacer oír el estridor de sus bocinas. Después empezó a llegar la gente en camiones y nadie supo de donde habían salido, pero los que atiborran los vehículos enarbolaban banderas con los colores rojo, gualda y morado. Aquella aparición

iba a convertir la bandera tricolor, por plebiscito masivo, en la bandera republicana. Y a la bandera siguió el himno. De la Marsellesa, entonada por los primeros manifestantes, se pasó al himno de Riego aunque no pocos lo cantaban en su versión anticlerical, tal vez la que mejor le iba a lo ramplón de sus acordes:

**«Si los frailes y monjas supieran  
la paliza que les van a dar  
subirían al coro cantando  
¡Libertad, libertad, libertad!**

En los techos de los automóviles había manifestantes que portaban retratos de Galán, de García Hernández. En la calle de Alcalá, en la esquina del Banco de España desde la techumbre de algún auto, oradores improvisados arengaban a la multitud. Pero el incidente más significativo tuvo lugar en la misma Puerta del Sol. Allí, un automóvil cuyos ocupantes blandían una bandera roja fue detenido por un teniente de la Guardia Civil. Los ocupantes parlamentaron con el oficial y al poco a éste se le oyó exclamar:

**«¡Aquí no hay nada que hacer!  
Y, a continuación se le escuchó  
gritar: «¡Viva el pueblo español!»**

Y, entretanto, la masa humana se-

guía coreando «¡Que se vaya! ¡Que se vaya!» Y a los gritos iniciales se unían otros repetidos hasta enronquecer: ¡Fuera Gutiérrez! ¡Abajo el Borbón! En la plaza de Oriente, una guardia redoblada protegía el Palacio Real. En su interior se estaba debatiendo la más patética decisión del reinado de Alfonso XIII entre la inoperancia de sus partidarios.

En Barcelona las manifestaciones se habían engrosado. El pueblo catalán desfilara por la Vía Layetana repitiendo a ritmo de desfile: «¡Visca Macià, mori Cambó! ¡Visca Macià, mori Cambó!». Otros gritos proclamaban: «¡Muera Llapisera!». En Valencia, en Zaragoza, en todas las poblaciones donde la conjunción republicano-socialista había triunfado, las masas se habían lanzado al grito de «¡Viva la República!».

En la noche del 13 de abril ya no podía haber duda alguna: el Poder estaba en la calle.

A altas horas de la noche, la multitud ebria de entusiasmo y fatigada de tanto gritar, se retiró. Todo el mundo tenía conciencia de hallarse en una víspera histórica.

Y amaneció el 14 de abril...

Aquel día «El Pueblo», diario republicano de Valencia fundado por Vi-

## TRES DIAS DE ABRIL

cente Blasco Ibáñez, exhibía en su gran titular:

*«¡Señores viajeros, al tren!»*

*«¡Que oiga quién debe oír! La nación española ha preguntado: ¿República o Monarquía? El pueblo ha contestado unánimemente: ¡República! Cúmplase su voluntad y ¡ay de aquel que quiera quebrantarla!»*

Las noticias de aquella mañana no pueden ser más estimulantes: Eibar anticipándose al resto de España, ha proclamado la República. Desde las siete de la mañana la bandera tricolor ondea en el Ayuntamiento de la localidad eibarresa. Y en el curso de aquella mañana histórica, se iban produciendo nuevas proclamaciones en medio del más delirante entusiasmo y sin el más mínimo incidente. Valencia, Sevilla, Oviedo y Zaragoza se anticiparon asimismo a la proclamación oficial y los concejales electos se vieron elevados al rango de primeras autoridades. A mediodía empieza a circular el manifiesto emitido por los integrantes del Comité Revolu-

nario, los mismos que están a punto de convertirse en Gobierno provisional de la República. El manifiesto, con emoción y regusto decimonónico, declara:

*«Los representantes de las fuerzas republicanas y socialistas coaligadas para una acción conjunta, sienten la indudable necesidad de dirigirse a España para subrayar ante ella, la trascendencia histórica de la jornada del 12 de abril.*

*«Jamás se ha dado un acto de nuestro pasado comparable con el de este día, porque nunca ha mostrado España tan fuerte emoción civil y tan entusiasta convencimiento, ni ha revelado tanto vigor en la digna firmeza de que es capaz de desplegar, en defensa de sus ideales políticos.*

*«En la Historia moderna de Europa hay actos civiles como el realizado por España el día 12, pero no hay ninguno que lo supere.»*

Seguía el documento con invoca-

ciones a las más altas instancias del Estado para que se sometieran a la voluntad nacional «y en vano pretendieran desfigurarlo con el silencio o el voto rural del feudo», alusión esta última a los resultados obtenidos en el medio rural, en el que los candidatos monárquicos habían alcanzado una clara mayoría.

Desde primeras horas de la mañana, aparecieron por las calles de las ciudades unos vendedores ambulantes decididos a aprovecharse de la emoción del momento. En sus tenderetes ofrecían retratos de Galán y García Hernández, banderitas tricolores, escarapelas republicanas y gorros fríos. Otros exhibían «posters», preparados aprisa y corriendo con alegorías basadas en la matrona republicana y una orla en la que aparecían las efigies de los prohombres triunfadores, Azaña, Alcalá-Zamora, Prieto, Llerroux y Largo Caballero, y todo ello coronado por los rostros de los mártires de Jaca. En otro sentido, el ingenio popular se había volcado imprimiendo en una noche unos cuadernillos en los que se daba una letra

*En esta vista de la Cibeles se aprecia la importancia de la manifestación espontánea, todo Madrid se echó a la calle. En el Palacio de Comunicaciones fue donde se izó la primera bandera republicana de Madrid.*





*El Gobierno provisional de la República: en pie, Indalecio Prieto, Nicolau D' Olwer, Marcelino Domingo, Miguel Maura, Manuel Azaña, Fernando de los Ríos; sentados, Largo Caballero, Casares Quiroga, Niceto Alcalá Zamora, Alvaro de Albornoz, Alejandro Lerroux.*

jocosa y alusiva a la coyuntura a músicas conocidas como las de «El huésped del sevillano» o «La Montaña». Romances de ciego pregonaban, «¡La caída de Alonso trece del Bombón!» La creatividad de los vates revolucionarios había lanzado nuevos cánticos. Uno de los más celebrados, decía así en sus estrofas:

*«Empezaremos por el trono  
y acabaremos por el clero,  
que es el animal más fiero  
que devora la nación,  
que devora la nación,  
que devora, que devora.  
¡Viva la revolución,  
la revolución social!»*

Otros vendedores de aquel comercio de circunstancias ofrecían los retratos de tan ilustres repúblicas como Pablo Iglesias, Francisco Pi y Margall, Nicolás Salmerón quienes mostraban sus imágenes barbadas insertadas en la punta de un palo que se portaba a guisa de estandarte por los manifestantes. España entera se había convertido en una descomunal feria republicana alimentada por el paro que se acababa de decretar y nutrida por gente de los suburbios que habían adivinado que aquella era «su» fiesta.

Mientras tanto, el conde Romanones estaba en casa del doctor Marañón pactando con Alcalá-Zamora una salida a la situación creada por el resultado electoral.

En Barcelona los acontecimientos se habían precipitado. A las 13,35 encabezando una manifestación monstruo que sin oposición alguna había irrumpido en la plaza de San Jaime, don Luis Companys había penetrado en el Ayuntamiento de la ciudad y proclamado la República. Poco después, en el balcón principal de la casa consistorial flameaba la bandera tricolor. El desbordamiento popular es completo. Tan es así que al poco rato el ex-coronel Maciá penetra en la Diputación y desde el balcón y a los cuatro vientos, proclama el Estado Catalán dentro de la República española y en federación con las demás repúblicas ibérica. Los gritos de «¡Visca Catalunya lliure!» atruenan el espacio y rubrican las palabras del viejo conspirador. Quedaba el otro centro de poder, el Gobierno Civil pendiente de ser ocupado y a él se dirigió Companys superando todos los obstáculos ya que había sido designado gobernador en la previa adjudicación de cargos. Tras vencer los

atacos provocados por la multitud, Companys llegó al Gobierno Civil encontrándose con la sorpresa de que alguien se le había adelantado en la carrera por ocupar los centros oficiales. Era don Emiliano Iglesias, el conocido político radical quien aupado por un grupo de secuaces se ha posesionado del mando civil. Un numeroso retén de seguidores de Iglesias estacionado frente a la fachada del Gobierno entona el himno de Riego, mientras algunos veteranos intercalan un viejo refrán anticlerical de los tiempos de la ley del candado, que decía así:

*«Los obispos están indignados  
Canalejas los quiere moler...»*

La entrada de Companys seguido por un grupo de anarquistas, puso fin al mandato de Emiliano Iglesias que fue expulsado sin contemplaciones al igual que sus acompañantes. Más tarde, el político lerrouxista defendería su ocupación del Gobierno civil como un gesto españolista ante los propósitos separatistas del señor Maciá, quien ya se había apresurado a formar gobierno. «La Vanguardia» del 16 de abril daría cuenta de este modo, de la primera jornada del flamante presidente del Estat Catalá:



*El ideal de todos los españoles es que llevasen en el bolsillo una carta con un solo artículo, redactado en estos términos breves, claros y contundentes: "Este español está autorizado para hacer lo que le dé la gana".*

## TRES DIAS DE ABRIL

*«El martes a las once de la noche, se formó la Guardia del Estado Catalán que comenzó a prestar servicio en el patio gótico del Palacio de la Generalidad. A las seis de la madrugada se fue a la cama el señor Maciá, habiéndose instalado provisionalmente su dormitorio en el despacho destinado a la ponencia de Acción Social.*

*«Velaba su sueño, la guardia del Estado Catalán».*

El propio periódico informaba de detalle tan significativo como éste:

*«Ayer, a la una de la tarde se efectuó el relevo de las fuerzas de*

**26 triunfo**

*Ingenieros que prestaban el servicio de la guardia exterior del Palacio de la Generalidad, por otras del regimiento de Artillería del primero de Montaña.*

*«Durante la ceremonia, una banda militar interpretó la Marselesa. Después de efectuada la ceremonia del relevo, ejecutó la banda, la sardana «La Santa Espina» siendo muy aplaudida».*

Y rematando este intermedio musical, digamos que el pregonero de la ciudad de Barcelona Pedro Ivar retrasó su recorrido cotidiano por mor de los acontecimientos incluyendo en su pregón la noticia de la proclama-

ción de la República catalana. Después de su toque de corneta anunciador de su presencia, el pregonero en un alarde de virtuosismo y para asociarse al júbilo general, interpretó la Marselesa en un solo de corneta que fue coreada por todos los que asistían a la pintoresca escena.

En Madrid, entretanto, la expectación había llegado al límite. Era sabido que de la reunión entre Romanones y Alcalá-Zamora, había salido un ultimátum al Rey, para que abandonara Madrid «antes de la puesta del sol». La noticia hizo cundir una incontenible efervescencia. Se había llegado a las primeras horas de la tarde, y serían las tres, cuando la multitud que transitaba por Cibeles observó como era izada una bandera republicana en el Palacio de Comunicaciones. La noticia corre como reguero de pólvora. La muchedumbre prorrumpe en gritos de júbilo. Las fuerzas de Seguridad hacen tiempo que han adoptado la más pasiva de las actitudes. Ante aquel referendo multitudinario, los comerciantes se apresuran a cerrar las tiendas. Las banderas se hacen cada vez más frondosas y por sobre las cabezas de los manifestantes, se contemplan innumerables retratos de Galán y García Hernández, de Marx, de Bakunin. La iconografía ha ido en aumento.

La pregunta de la gente ante la abstención de la fuerza pública era: «¿qué hacen los políticos republicanos que no asaltan el poder de una vez?»

Serían algo más de las seis de la tarde, cuando una caravana de coches empezó a abrirse paso difícilmente por la calle de Alcalá en dirección a Sol. En el primero de ellos, la gente reconoció a Miguel Maura. A su lado se sentaba Largo Caballero. Al reconocerlos, la multitud exteriorizó su júbilo con gritos estruendosos de «¡Viva la República! ¡Viva España con honra!». En la Puerta del Sol, la aglomeración era indescriptible. En los techos de los tranvías, en las farolas del alumbrado, en los balcones de las casas veíanse racimos humanos de gentes ansiosas de contemplar la ceremonia del cambio de régimen. Al poco, lograron entrar en el caserón de Gobernación los componentes del Gobierno provisional. Algo más tarde, la bandera republicana fue izada en el balcón principal entre el inenarrable entusiasmo de la multitud. A las nueve y media de la noche, los señores Alcalá-Zamora y Maura dirigieron la palabra al gentío. La II República acababa de nacer. Quedaba constancia de ello en los primeros decretos que don Niceto Alcalá-Zamora, como presidente del Gobierno provisional, acababa de dictar. La Gaceta de Madrid aparecería el día 15 con una orla de gran lujo enmarcando unas disposiciones por las que se nombraba a los



presentamos el futuro

# ordenadores philips

inteligencias a la medida de cada actividad específica

Gispert tiene un modelo de ordenador Philips, desarrollado especialmente para cada actividad concreta y adecuado al volumen de cada negocio.

Además de las aplicaciones convencionales, disponemos de programas específicos para sectores como Automoción, Gestorías, Administración, Ayuntamientos, Hospitales, Mayoristas, Transportes, etc.

Cada tipo de actividad donde un ordenador significa tiempo y dinero necesita, además, información. Toda la información. Y los ordenadores Philips que vende, instala y cuida Gispert se han aprendido toda la problemática específica de cada sector.

Equipos compactos, de fácil manejo o sistemas capaces de admitir numerosas estaciones de trabajo, sin limitaciones de

potencia o distribución, están rentabilizando ya miles de empresas.

Conozca las posibilidades de los ordenadores Philips.

Conozca el Servicio Integral que le ofrece Gispert en toda España.

Conózclos. Porque para nosotros y para usted, hoy es el primer día del futuro.

 **GISPERT**

nuestro presente es la oficina del futuro

Provenza, 204-208 - Tel. 323 25 58 - BARCELONA-36 Lagasca, 64 - Tel. 225 85 81 - MADRID-1



Quiero información detallada sobre los ordenadores PHILIPS.

Nombre ..... Dirección .....

Población ..... Tel. ....

GISPERT. Apartado de Correos n.º 286 FD Barcelona

## TRES DIAS DE ABRIL

componentes del Gobierno provisional, se dictaba a una amnistía para los presos políticos y se decretaba que el 14 de abril quedaba como Fiesta Nacional.

Después de los discursos, la animación fue en aumento. La fuerza pública desapareció prácticamente de las calles para dejar paso al jolgorio popular. A medida que avanzaba la noche, el sentimiento antimonárquico se fue exacerbando. El Hotel Príncipe de Asturias sito en la carrera de San Jerónimo se apresuró a tapar la palabra «príncipe» con una sábana para quedarse simplemente en Hotel Asturias. Las coronas que remataban la heráldica de los relieves de algún frontispicio, cayeron bajo el efecto del martillo y del escoplo. Las placas callejeras dedicadas a personas reales o a personalidades del régimen caído, fueron arrancadas. Después tocó el turno a las estatuas. La de Felipe III fue derribada de su pedestal. La de Isabel II fue arrancada y arrastrada hasta el Convento de las Arrepentidas donde

la dejaron para su «custodia y conservación». He aquí de que modo relata un testigo presencial el ambiente de aquellas horas nocturnas:

*«En camiones, taxis y tranvías pasan grupos de hombres y mujeres poseídos por un frenesí delirante. El ruido humano, agravado por toda clase de explosiones de zambombas y envases de lata es obsesionante. Nubes de polvo amarillento ponen en las luces de la Puerta del Sol, un halo neblinoso. Las gargantas se secan, las bocas jadean roncas y torcidas de tanto gritar...»*

Alrededor de las once de la noche, el movimiento colectivo encaminó sus pasos hacia la Plaza de Oriente y el Palacio Real. Allí permanecían aun la Reina Victoria Eugenia con sus hijos —excepto el Infante don Juan—, que no abandonarían España hasta el día siguiente. Los alabarderos y la escolta real reforzaron la vigilancia. Una guardia cívica dispuesta por el flaman-

te ministro de la Gobernación Maura, acordonó el Palacio e impidió que la multitud fuera más allá de los gritos y los denuestos hacia la familia Real.

En las primeras horas de la madrugada, se inició el reflujo de la gente, agotada tras la histórica jornada. Poco después llegaría a Cartagena don Alfonso XIII salido unas horas antes de Madrid a bordo de un «Duesenberg-sport», para embarcar en el crucero «Príncipe Alfonso» con rumbo al exilio. Con la marcha del Rey, la República había quedado instaurada definitivamente en España.

Josep Pla en su libro «L'Adveniment de la República» narra una anécdota definitiva de lo que fue la enajenación colectiva de aquel día. El, que vivió el 14 de abril en Madrid, regresó de la plaza de Oriente a media noche hacia Sol, cuando el gentío era más numerosa. Y dice:

*«En la Puerta del Sol oigo que una señorita de la vida le dice a una amiga con aire resignado:*

*Las manifestaciones se formaron en toda España en cuestión de minutos. En Barcelona, el pueblo acudió al Palacio de la Generalidad.*





Un aspecto de la Plaza de Castelar, de Valencia —la fachada visible es la del Ayuntamiento— en la mañana de la proclamación de la República.

**«Con esto de la República, esta noche no me he estrenado...»**

En la alta madrugada, del vocerío de los manifestantes más contumaces brotó un nuevo estribillo reiterado y monocorde:

**«¡No se ha "marchao", lo hemos "echao"!»**

El día 15 de abril fue declarado festivo por el Gobierno provisional a fin de que el regocijo popular tuviera holgura para expansionarse. Tan sólo los espectáculos reabrieron sus puertas después del día anterior en que, para asociarse al plebiscito callejero, la mayoría de ellos suspendieron la representación.

En Madrid, los teatros anunciaban: en el Muñoz Seca, «De muy buena familia» por la compañía de Margarita Xirgu; en el Eslava, la escultural Laura Pinillos representaba «Las Castigadoras»; en el Infanta Isabel, la compañía titular anunciaba «Todo para ti». En

Valencia, en el Apolo, la gran Celia Gámez aparecía en «¡Por si las moscas!»; en el Princesa se representaba «Santa Isabel de Ceres», el crudo drama de Alfonso Vidal y Planas; en el Principal, Caralt especialista en el género policíaco, ponía en escena «Los misteriosos».

En Barcelona en el Teatro del mismo nombre, Lola Membrives presentaba «El Rosario»; en el Cómic, la compañía de revistas de Blauquita Pozas estrenaba «Entrar por uvas», del maestro Penella. En Bilbao, en el Arriaga, la compañía de María Palou y Felipe Sassone exhibía «Los andrajos de la púrpura», de Benavente. Era una muestra de toda una época de la escena española.

Los cines exhibían las cintas que en aquel instante de advenimiento del sonoro eran portadoras de las más pegadizas melodías como «Su noche de bodas», con su canción «Recordar» que ha quedado como fondo musical de

unos momentos históricos. También se proyectaba «El gran charco», de Chevalier. Las películas habladas en español como «El presidio», «La Incorregible», «El Dios del mar» o «El hombre malo», llegaban más fácilmente al público y con ellas los actores y actrices de aquellas producciones que en Hollywood o en Joinville se dirigían a nuestras pantallas y que en aquellas calendas estaban proyectándose en los cines españoles. Aquellos actores y actrices eran Antonio Moreno, Ramón Pereda, Ernesto Vilches, José Nieto, Juan Torena y, entre ellas, Rosita Moreno, Imperio Argentina, Enriqueta Serrano, Carmen Larrabetti y Rosita Díaz.

En la mañana del 15, la gente arrancó los periódicos de las manos de los vendedores. Todos ellos se extendían en detalles informativos de los hechos del 14 de abril. Por otra parte, el cambio histórico exigía una toma de posición que cada cual asumía su inspiración política. He aquí como se definía «El Sol»:

**«La voluntad de la nación al adueñarse de los Ayuntamientos crea realidades nuevas. ¿Qué podría oponérsele? Existen aun quienes imaginan con torva tenacidad, que otra Dictadura. Respondemos que ella desataría, a las veinticuatro horas, la guerra civil. La Dictadura se ha deshonrado lo bastante para que el solo conato de reincidencia constituya un crimen. Hasta la revolución con sus conmociones devastadoras, es preferible a la dictadura...»**

El «ABC» por su parte se expresaba así:

**«Seguimos y permaneceremos donde estábamos: con la Monarquía constitucional y parlamentaria, con la libertad, con el orden, con el derecho y nunca fuera de la ley; respetuosos de la voluntad nacional pero sin sacrificarle nuestras convicciones. La Monarquía es el signo de todo lo que defendemos; es la Historia de España. Los hombres y los azares pueden interrumpir, pero no borrar, la tradición y la historia ni extirpar las raíces espirituales de un pueblo, ni cambiar su destino.»**

«El Socialista», en un artículo de fondo titulado «La emoción del instante» sostenía:

**«Hemos conquistado la República; dediquémonos ahora a realizar la obra de consolidarla. Es éste, en esta hora histórica, el problema más grave a que tenemos que hacer frente.»**

**«Nadie sabe lo que valen los bienes morales que proporciona la**



## TRES DIAS DE ABRIL

*libertad hasta que se pierde. Los ocho años de ignominiosa dictadura, porque nos han hecho sufrir mucho, nos han enseñado mucho también. Pero es menester que olvidemos todo lo que hemos aprendido, a cuenta de nuestro propio dolor.*

*«Reconquistada la libertad, hagamos cuanto podamos para no volverla a perder. Y ello requiere la realización de grandes sacrificios.»*

A lo largo de todo el día continuaron las demostraciones jubilosas. El ir y venir de automóviles con enseñas republicanas descubría que la fiesta tenía tanto de proletaria como de burguesa, porque rara vez en la historia de España se había producido una coincidencia tal, en el compartir de unas ilusiones desde los intelectuales a los obreros, desde los hombres de profesionales liberales hasta lo más humilde del campesinado.

En aquel día primaveral que tantos felices augurios prometía, fue la inspiración de Antonio Machado la que, sobre el griterío ensordecedor y sobre la copla de gusto dudoso, hizo brotar limpiamente la esperanza y el recuerdo, al decir:

*«La primavera ha venido del brazo de un capitán.*

*Cantad, niños a coro:  
¡Viva Fermín Galán!»*

Como colofón, sería el gran coplero



*Sobre estas líneas, la Reina Doña Victoria Eugenia da el último adiós en tierra española a las damas de la nobleza; debajo, Don Alfonso XIII a su llegada a Marsella procedente de Cartagena, saliendo del taxi que le llevó desde el muelle al Hotel de Noaille.*



Luis de Tapia el que rubricaría con su ingenio de poeta popular, la otra vertiente de la alegría: el dolor del destierro:

*«¡Se fue...! Por la carretera  
¡marcha un rey a la frontera!  
Un día de primavera  
¡brinda el aire aromas mil...!  
Se fue entre finos olores  
de los almendros en flores.  
¡Que gran castigo lectores!  
¡Dejar a España en abril!»*

\*\*\*

*¡Se fue...! ¡Sobre toda saña! ¡Ya  
es triste cruzar la España  
cuando es flor todo el país!  
¡Cuando en fecundos olores  
florece todas las flores  
menos las flores de lis!»*

Había nacido «la Niña». Desde su nacimiento, fueron muchos los que se propusieron que no llegara a mujer. ■ R. A.